

Crisis de los alimentos: lecciones de la historia reciente

JOSÉ GRAZIANO DA SILVA (*)

Es evidente que la receta que un médico prescribe a un paciente guarda sintonía con el diagnóstico e incluye la expectativa de una recuperación lo más breve posible. La misma lógica puede ser aplicada al diagnóstico actual sobre el alza de los precios de los alimentos. De acuerdo con dicho diagnóstico, la situación requiere de una terapia de aumento de la oferta que restaure el «equilibrio de los mercados», hace al menos tres años marcados por un desencuentro entre una demanda creciente y avances insuficientes en la producción. No existen reparos en contra de la validez de dicho diagnóstico, excepto por el hecho de que los resultados de la prescripción (un aumento significativo de la oferta) sólo ocurrirán a medio plazo, de aquí a dos o tres años al menos. Para entonces, muchas de las víctimas de la actual escalada de precios podrían estar muertas –sin querer, en absoluto, parafrasear a Keynes. De ahí la importancia de las transferencias de recursos de emergencia para los más pobres, ya que se trata de una crisis de alza de precios y no de abastecimiento. Es decir, en América Latina, con la excepción de Haití, una vez más ocurre que lo que falta es el dinero para comprar alimentos que están disponibles, pero que hoy son más caros (1).

(*) *Universidad Estadual de Campinas. Representante regional para la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y Alimentación (FAO) para América Latina y el Caribe. Las opiniones expresadas en este texto son personales y no reflejan necesariamente las de la Organización (agradezco la traducción de Benjamín Labatut y la atenta revisión de Rodrigo Castañeda).*

(1) *Ver al respecto el libro «El Hambre y la Cohesión Social en América Latina y el Caribe», trabajo de la FAO, PMA y CEPAL (2007).*

Este texto tiene cinco partes: la primera busca extraer lecciones de la explosión anterior en los precios internacionales de los alimentos, ocurrida en los años 70; la segunda recapitula los elementos de consenso presentes en el diagnóstico de la crisis actual, algunos de los cuales guardan una semejanza perturbadora con el episodio anterior; en la tercera parte se discute el nuevo componente que aparece en el proceso en curso en el mercado de las *commodities* agrícolas, la fuerte interacción con la volatilidad explosiva de los mercados financieros desregulados. La cuarta parte aborda el papel de los grandes medios de comunicación globalizados al difundir noticias de gran impacto en los mercados locales. Finalmente, la quinta y última parte discute si la actual alza de los precios agrícolas representa realmente una nueva oportunidad para los países latinoamericanos.

I

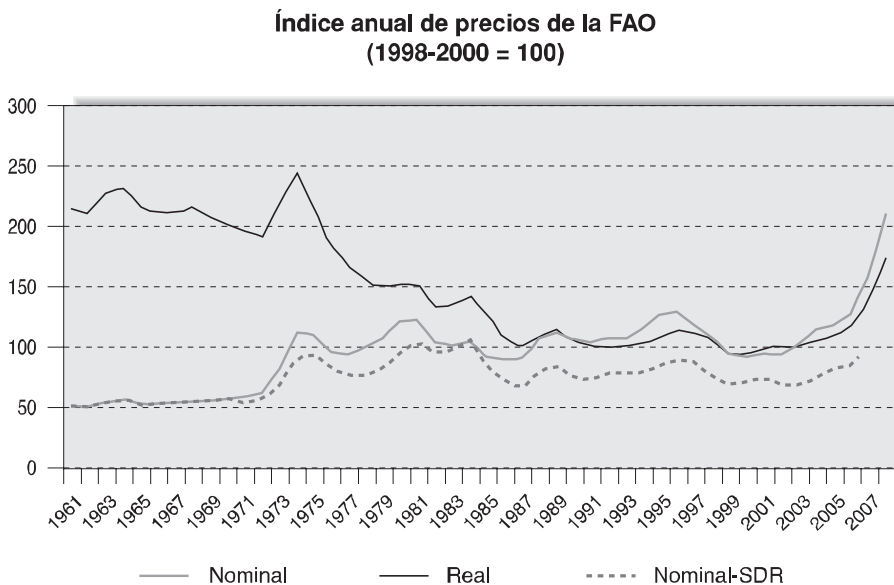
Esta no es la primera ni la peor crisis causada por la subida de los precios de los alimentos. En la primera mitad de la década de los 70, los precios reales, que venían cayendo desde mediados de los 60, subieron a niveles mucho más altos que los actuales (ver gráfico 1). Como ha destacado Rogers (2), «Lo que es extraordinario es que la situación actual hace eco de muchos aspectos de la crisis de 1973/74. Comparando los dos momentos, es sorprendente constatar que las cosas han cambiado tan poco, a pesar del supuesto progreso de la economía mundial globalizada, del tan destacado crecimiento económico y de todos los progresos científicos y tecnológicos».

«Tal vez lo más revelador de todo –escribe Rogers– es que incluso en el ‘pico’ de la crisis las reservas mundiales de alimentos continuaban en niveles adecuados para satisfacer todas las demandas –es decir, el problema era simplemente que la comida estaba demasiado cara para que los más pobres tuvieran acceso a ella».

De hecho, al inicio de los 70 los primeros resultados de la Revolución Verde, con sus «milagrosas» variedades asiáticas de arroz más productivas ofrecían el inevitable optimismo de que, finalmente, estábamos delante de un atajo, capaz de eliminar el hambre de 400 millones de personas en una población mundial formada entonces por 3,7 billones de seres humanos. Sin embargo, entre 1973 y 1974 el impacto del primer *shock* del petróleo hizo que se sumaran otros 40 millones de africanos a la procesión de hambrientos.

(2) Paul Rogers «The World Food Insecurity» en www.opendemocracy.net

Gráfico 1



Fuente: Datos de FAO, outlook 2008.

El Sistema de Naciones Unidas respondió rápidamente en aquella ocasión, convocando una Conferencia Mundial, coordinada por la FAO, para noviembre de 1974 con dos objetivos: movilizar recursos de los países ricos para responder a las necesidades inmediatas de los más pobres; y establecer procedimientos institucionales para impedir la repetición de la crisis en el futuro. Repito, estamos hablando de la década de los 70, no del 2008, aunque la narración suene tan familiar. Como ahora, el diagnóstico del alza de los precios entonces apuntaba a una compleja relación de causas superpuestas: condiciones climáticas adversas (aún no se había acuñado la expresión *cambio climático* para transferir la culpa a los «fenómenos naturales»); un aumento sustantivo del consumo de carnes en los países desarrollados; y particularmente, el alza de los costos de transporte y de los insumos —en particular de los plaguicidas y fertilizantes, a causa del aumento de los precios del petróleo derivado de la primera guerra del Golfo Pérsico. Los resultados de la Conferencia Mundial de 1974 pueden ser resumidos en tres grandes propuestas: 1) el establecimiento de un «banco de alimentos mundial» (que nunca se llevó a cabo) para reducir los «desperdicios» de la nueva cadena agroalimentaria basada en el patrón norteamericano de consumo (comida rápida, grandes supermercados, etc.) cuya expansión a nivel mundial apenas

comenzaba; 2) la creación del Fondo Internacional para el Desarrollo Agrícola – FIDA, una nueva agencia del Sistema de Naciones Unidas, para tratar específicamente de recuperar la capacidad de financiamiento de la agricultura; y 3) la creación de un sistema de previsión de la situación de los mercados de alimentos, que pudiese alertar anticipadamente sobre las crisis futuras.

Al analizar el comercio mundial de productos agrícolas en la post-guerra (1945/71), antecedente de la crisis de 1973/4, Tubiana (1985) muestra cómo estuvo marcado por la difusión y el perfeccionamiento del patrón norteamericano de producción/consumo. Por el lado de la producción, que los precios internacionales se mantuvieran bajos y estables era una precondition para la expansión creciente de dicho modelo que tenía uno de sus pilares en la liberalización del comercio mundial de productos agrícolas. Los Estados Unidos, aunque protectionistas en cuanto a su agricultura, preconizaban para el resto del mundo la caída de las barreras comerciales como forma de asegurar la demanda planetaria para las cosechas crecientes del Medio Oeste. Por el lado de la demanda, la evolución estuvo marcada por el surgimiento de un nuevo patrón alimentario basado en productos agroindustriales «duraderos» (en el sentido de que eran manufacturados), los cuáles pasaron a tener una presencia cada vez mayor. Uno de los resultados importantes de esa «dieta fordista» (3) fue generar un rápido estrechamiento de la base alimentaria de todo el planeta, que pasó a depender básicamente de las cadenas transnacionales generadas alrededor del conjunto maíz-soja-carne y trigo (4).

En ese proceso de internacionalización del patrón norteamericano de producción y consumo en la post guerra, se profundizó una división internacional del trabajo que reservaba para el mundo en desarrollo el papel de ofrecer granos y materias primas para la alimentación animal, en particular destinados a los países de Asia y de Europa. Es forzoso reconocer que esas políticas fueron fuertemente impulsadas por las agencias internacionales, que de dicha forma apoyaron tácitamente su propio debilitamiento como instituciones reguladoras. Basada en el argumento (verdadero) de que había comida barata de sobra en el planeta, juzgaron desechable el sistema nacional de reservas reguladoras ya que la seguridad alimentaria, a partir de entonces, podría apoyarse en un modelo de importaciones baratas *just in time*, en cualquier momento.

(3) Friedman, H. y McMichael, P. (1989). *Para una crítica del uso del término fordista en esos procesos* ver Goodman, D. y Watts, M. (1994).

(4) Ver al respecto el interesante libro de Pollan (2007).

En el inicio de los años 70 la Comunidad Europea logró su auto-suficiencia alimentaria y la competición con los principales países exportadores de alimentos –en particular los Estados Unidos– se transformó en una abierta guerra comercial. Se multiplicaron los acuerdos bilaterales (en lugar de los multilaterales) y los acuerdos compensatorios, llevando a una creciente inestabilidad y fragmentación de los mercados mundiales de *commodities*. Al inicio de los años 80, a dicha inestabilidad estructural se le sumó la veloz caída de los precios agrícolas producto del esfuerzo exportador simultáneo de muchos países del entonces llamado Tercer Mundo. Era el ciclo de crisis de la deuda externa: había que exportar lo máximo posible para soportar los pagos crecientes en un panorama dominado por la escalada de los tipos de interés norteamericanos (Ocampo y Parra, 2003).

Vale la pena abrir un paréntesis para destacar que esa lógica agudizó las vulnerabilidades de abastecimiento en muchos países pobres. Uno de ellos fue Haití, que figura en la actual crisis como un caso especialmente dramático de desabastecimiento, sobretodo de arroz (5).

De cualquier manera, la competencia creciente entre Estados Unidos y Europa (que logró la autosuficiencia, pero continuó subsidiando fuertemente a sus productores, política que perdura hasta hoy –como muestra el gráfico 2) llevó a lentos y graduales cambios en la política de dichos países. Ello incluyó cambios en las políticas de exportación con la reducción de los programas de ayuda alimentaria y de los créditos a la exportación. El necesario ajuste estructural de los países subdesarrollados fue puesto en causa, no sólo por la apertura comercial, sino también por políticas ortodoxas de estabilización que se tradujeron –entre otros maleficios– en una fuerte reducción y encarecimiento del crédito, entonces el principal mecanismo de estímulo para los productores rurales. Es decir, las principales políticas de mediano y largo plazo que debían tomar los países en desarrollo fueron inviabilizadas en los años 80 por el manejo del corto plazo, donde la prioridad era el pago de la deuda externa a cualquier costo (6).

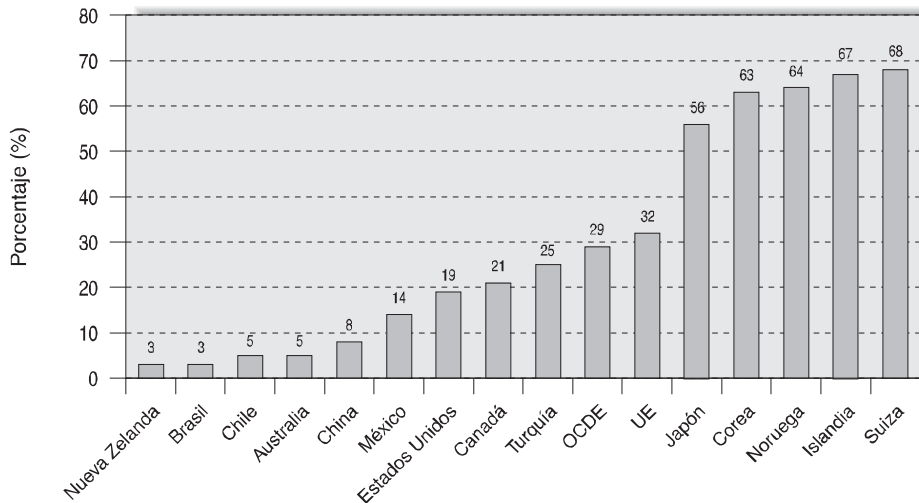
Existe hoy un amplio consenso sobre el hecho de que la sobreproducción de alimentos y la consecuente caída de los precios agrícola-

(5) Hace treinta años, como recordó en un reciente artículo Bill Quigley (2008), profesor de la Universidad de Loyola (New Orleans), Haití producía casi todo el arroz que necesitaba. Pero en 1986 el FMI hizo un préstamo al país para recuperar las finanzas públicas, dilapidadas por Baby Doc antes de su caída. En contrapartida, se exigía que Haití eliminase las tarifas arancelarias que protegían a los productores locales de arroz. Haití fue invadido por arroz subvencionado, entregado como parte de la «ayuda alimentaria». La producción local se desmoronó y el país se convirtió en 1995 en uno de los mayores importadores de arroz de los Estados Unidos. Muchos países africanos siguieron esa misma lógica, «cubiertos» por las montañas de leche en polvo y de trigo procedentes de los países europeos.

(6) Ver parte de la amplia literatura disponible al respecto resumida en Guither, H. D. y Halcrow, H. G. (1989).

Gráfico 2

**Estimación de apoyo al productor (PSE) por país, promedio UE y OCDE
2003-2005**



Fuente: OCDE, base de datos EAP/EAC, 2007.

las verificada a partir de los años 70 reflejaba una «crisis del éxito» de las políticas adoptadas por los países desarrollados (7). Por lo tanto, las causas de la inestabilidad subsiguiente remiten a los instrumentos utilizados, basados en el proteccionismo interno combinado con los subsidios al comercio internacional. Tales herramientas propiciaron la expansión de las exportaciones de los países ricos con las consecuencias conocidas para la economía agrícola de las naciones más pobres. También las políticas nacionales de formación de reservas reguladoras, sobre las cuales reposaba la política de abastecimiento de dichos países, fueron substituidas por la confianza ciega en la capacidad de importar, propiciada por los flujos del libre comercio de los mercados internacionales con precios fuertemente distorsionados por los subsidios a la exportación practicados por los países desarrollados. En especial Estados Unidos y la entonces emergente Comunidad Europea empezaron a acumular existencias crecientes (verdaderas «montañas») de derivados de leche, trigo y otros cereales, a las que solamente podían dar salida a costa de más subsidios.

(7) Ver al respecto los varios artículos resumidos en Friedland, W. et al. (1991).

El punto de partida de ese «exitoso» modelo de desarrollo agrícola basado en economías abiertas y en las «ventajas comparativas» construidas en base a los subsidios crecientes fue la crisis de 1973/74. A eso podemos agregar la quiebra de los mecanismos multilaterales utilizados para regular los mercados mundiales. La formación de mercados regionales protegidos y la búsqueda de alternativas económicas y técnicas frente al modelo prevaleciente (tanto en términos de producción como de consumo) definieron una nueva agenda para el desarrollo agrícola en los años 70 (Goodman y Redclift, 1989). Casi cuarenta años separan a dicho episodio del actual. Pero las semejanzas entre las agendas son tan grandes que llegan a confundir el tiempo histórico.

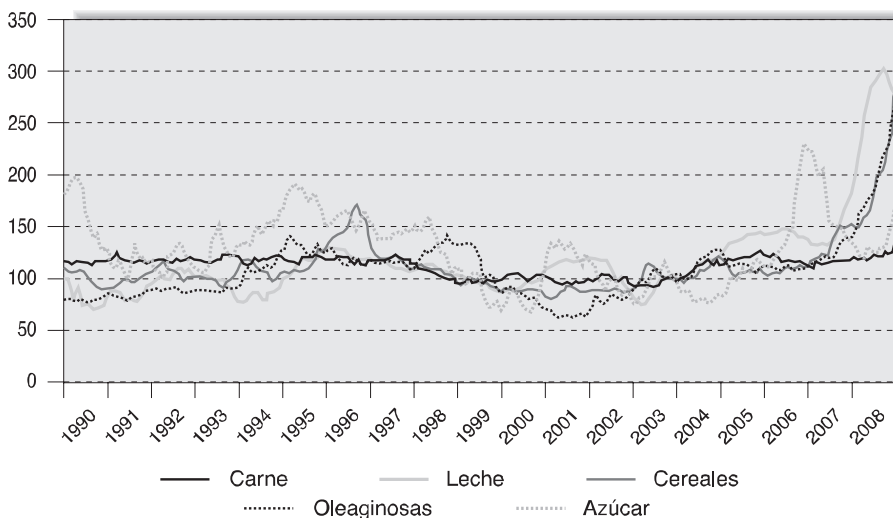
II

En la actual explosión de los precios se pueden identificar al menos tres denominadores comunes entre los diferentes diagnósticos.

Primero, los precios de la mayoría de los *commodities* agrícolas comenzaron a subir a partir de 2002/2003, por lo tanto hace al menos 5 años; y hasta 2006 se repitió un patrón similar al ocurrido en los años 1994/96, como muestra el gráfico 3. Lo nuevo es el ‘pico’ de precios

Gráfico 3

**Índice de precios mensuales de la FAO para algunos productos
(1998-2000 = 100)**



Fuente: Datos de FAO, outlook 2008.

de todos los productos agrícolas (con excepción parcial del azúcar) a partir de 2007.

Hay que notar que dicha alza revierte una tendencia a la baja constante que comenzó justamente en los años 70, cuando la Unión Europea, luego de conquistar la autosuficiencia, comenzó a subsidiar sus exportaciones agrícolas, como ya lo hacía Estados Unidos. A pesar del alza, la mayoría de los precios agrícolas continúan siendo inferiores, en términos reales, a los de dicha época (ver gráfico 1).

El segundo denominador común se refiere a los elementos impulsores de esa alza a partir de 2002. Son básicamente tres: el aumento de los precios del petróleo, los cambios en el patrón de consumo en los países emergentes y la demanda adicional provocada por la rápida expansión de la producción de etanol derivado del maíz en los Estados Unidos. Es difícil cuantificar cuanto sería el peso de cada uno de dichos factores, ya que ellos varían de región en región y de un producto a otro. Pero las indicaciones nos señalan que el más importante es el aumento del precio del petróleo, ya que impacta en todo el sistema de producción y distribución (8).

Según la FAO, «las economías en ascenso, en particular China y la India, desempeñan una importante función en la demanda y la oferta mundial de productos agrícolas. Sin embargo, el alza reciente de los precios de los productos básicos no parece haberse originado en esos mercados nuevos. Por ejemplo, en la temporada en curso (2007-2008) ni China ni la India están participando significativamente como importadores de cereales en los mercados mundiales. En realidad, China sigue exportando maíz y la India importa un volumen relativamente reducido de trigo, especialmente en comparación con el total de su consumo. En virtud del aumento de los ingresos, se prevé que la alimentación en las economías en ascenso pase de los alimentos básicos feculentos hacia alimentos pecuarios (como la carne y los lácteos). Al mismo tiempo, una vigorosa urbanización acompaña muchas veces al crecimiento económico, la población se traslada de las zonas rurales a las ciudades, donde hay una demanda de mano de obra mayor. Además, las tierras rurales se convierten a usos no agrícolas (industrial, residencial, etc.). La evolución gradual de estos acontecimientos, sus repercusiones en los mercados y los precios mundiales, pueden no tener tanto peso como cuando los mercados afrontan escasez aguda de suministros; esto puede permitir que los agricultores adopten tecnologías agrícolas que pueden

(8) *Este es un tema que merece un tratamiento específico y no será desarrollado en este texto.*

reducir o anular los efectos del aumento de la demanda en los precios» (9).

El cuadro 1 permite aclarar ese punto; los países pobres –inclusive algunos africanos– están comiendo más carne, leche, frutas y verduras. «Los cambios a largo plazo de la estructura de la demanda de alimentos en países en vías de desarrollo (sobre todo en China, India y Brasil– como se puede ver en el cuadro 1) a consecuencia del rápido crecimiento económico han conducido a dietas que se diversifican, alejándose de los alimentos feculentos e introduciendo más productos cárnicos. Es necesario considerar que se necesitan 7 a 8,3 kg de grano para producir un kilo de carne de vacuno y 5 a 7 kg para producir un kilo de carne de cerdo. En China, el consumo de carne per cápita ha aumentado de 20 kg en 1980 a 50 kg ahora. Este desarrollo ha intensificado la demanda de granos. En términos de uso de agua, se necesitan 1.000-2.000 litros de agua para producir 1 kg de trigo y 10.000-13.000 l para 1 kg de carne de vacuno. En el crecimiento de la demanda de alimentos a largo plazo también hay que considerar el rápido crecimiento demográfico (un aumento global de 78,5 millones anualmente, la mayoría en países en desarrollo), así como el fenómeno de urbanización» (ibídem, op. cit).

Estos cambios parecen apuntar la incorporación en los países en desarrollo de los “alimentos frescos” (leche, frutas y verduras), agregándolos a la que fue denominada “dieta fordista” basada en los derivados del trigo y la carne, tendencia que se inició desde los años 70 en los países desarrollados (Friedman, H., 1991) y que también fue

Cuadro 1

CAMBIO EN ALIMENTACIÓN, CANTIDAD CONSUMIDA PER CÁPITA, PROPORCIÓN 2005/1990

Tipo	India	China	Brasil	Kenya	Nigeria
Cereal	1,0	0,8	1,2	1,1	1,0
Biodiesel	1,7	2,4	1,1	0,8	1,1
Carne	1,2	2,4	1,7	0,9	1,0
Leche	1,2	3,0	1,2	0,9	1,3
Pescado	1,2	2,3	0,9	0,4	0,8
Fruta	1,3	3,5	0,8	1,0	1,1
Hortalizas	1,3	2,9	1,3	1,0	1,3

Fuente: Datos de FAO Outlook 2007.

(9) <http://www.fao.org/worldfoodsituation/wfs-faq/es/>

apuntada como una de las causas de la anterior crisis de precios. Pero es necesario prestar atención: los datos presentados en la tabla 1 son promedios per capita, lo que no necesariamente implica que los más pobres de los países en desarrollo estén también comiendo mejor. Eso depende no solo del crecimiento económico del país, sino también de las políticas de seguridad alimentaria adoptadas, como ocurre por ejemplo con Brasil en función del éxito obtenido por el programa Hambre Cero (10).

No existe un consenso sobre la magnitud del impacto de los biocombustibles, a pesar de que dedicar amplias superficies agrícolas a los biocombustibles tiene a corto plazo como consecuencia reducir la cantidad de cereales destinados a alimentación. «No es un único factor», dijo el Director de Asuntos Económicos de la FAO, E. Ghannem, para atajar las críticas que responsabilizan a los biocombustibles de toda la crisis y añadió que «sólo el 3 por ciento de las tierras cultivables en el mundo se dedican a los carburantes obtenidos a partir de la caña de azúcar o el cereal» (11). Según Ali Gurkan, experto de la FAO, «es imposible establecer de forma científica el impacto que tienen los biocombustibles»; se sabe que lo tiene, pero no cuánto. Por ejemplo, Joachim von Braun, jefe del Instituto Internacional de Investigación de Políticas de Alimentos (IFPRI), opina que una moratoria a los biocombustibles fabricados a partir de cereales haría bajar 20 por ciento el precio del maíz y 10 por ciento el del trigo en 2009 y 2010 (12). También para el Subdirector General de Cooperación Técnica de la FAO, José María Sumpsi, los biocombustibles son responsables de apenas un 5 a 10 por ciento del aumento de los precios de los cereales y 25 por ciento del maíz (La Voz de Galicia, 11/05/08). Pero un documento preparado por la FAO para la Conferencia de Alto Nivel, que se llevó a cabo en Roma desde el 3 al 5 de junio de 2008, atribuye a los biocombustibles ser «uno de los principales factores que están detrás del aumento de los precios en el mercado mundial». Además del maíz norteamericano, 30 por ciento del cual se destina a la producción de etanol reduciendo en 12 por ciento su disponibilidad mundial, el documento destaca que la utilización del 60 por ciento de la colza producida en la Unión Europea para generar biodiesel provoca una reducción del 25 por ciento de su disponibilidad mundial, con un fuerte impacto en los precios de

(10) *Paper titulado Eradicating Hunger Quickly: Scaling up Zero Hunger presentado en la Conferencia «Taking Action for the World's Poor and Hungre People» (Beijing, China 17-19 octubre 2007).*

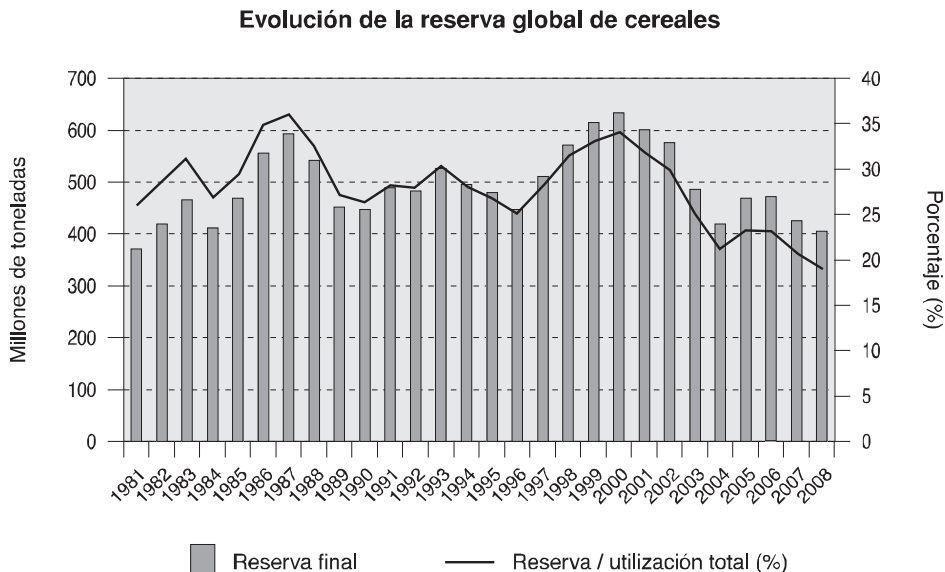
(11) <http://www.eluniversal.com.mx/notas/508727.html>

(12) http://cl.invertia.com/imprimir.asp?IdNoticia=200805101143_AFP_114300-TX-SHK60

los aceites vegetales, el grupo de alimentos que registró el mayor aumento de precios hasta ahora (FAO, 2008).

Es un hecho que la mayor demanda en los países emergentes y el aumento de la cantidad de maíz usada internamente por Estados Unidos disminuyeron la disponibilidad mundial de granos. Las últimas proyecciones de FAO señalan que, a pesar de que la producción mundial de cereales creció 4,7 por ciento entre 2007 y 2008 –alcanzando un record de 2,1 billones de toneladas–, el volumen disponible para el comercio internacional aumentó apenas 0,2 por ciento en dicho periodo. O sea, para atender a la demanda, es preciso recurrir a reservas que, en 2008, deberían caer hasta los 405 millones de toneladas, equivalentes a menos de 19 por ciento de la producción esperada (gráfico 4). Es importante decir que eso representa la menor reserva mundial de cereales desde 1981, cuando un cuadro recesivo producto de la «crisis de la deuda» redujo el consumo en los países subdesarrollados. En las condiciones actuales parece responder más a un cambio deliberado por parte de los países desarrollados, para reducir sus stocks anticipándose a los posibles acuerdos en el ámbito de la OMC en relación a los subsidios. Más adelante volveremos a ese punto de la reducción de las existencias mundiales de cereales, dado que eso aporta una de las condiciones necesarias, aun-

Gráfico 4



Fuente: Datos FAO, outlook 2008.

que no suficiente, de la inestabilidad de los precios ocurrida en 2007/08.

Un tercer consenso en el diagnóstico del alza actual de precios remite al impacto de las caídas en las cosechas registradas en 2005/2006, producto de eventos climáticos extremos (sequías, inundaciones, huracanes, heladas, etc.). Dichos sucesos, que muchos asocian al calentamiento global, afectaron importantes países productores de cereales –especialmente de trigo– como China y Australia. Es decir, en el momento en que la demanda crecía, la producción declinaba, presionando aún más las reservas existentes. Es esa expectativa de un consumo futuro creciente en función de los cambios estructurales (sea en los hábitos de consumo, sea por la demanda adicional de biocombustibles), confrontada con una proyección de oferta aún incierta y volátil, la que empuja hoy la cotización de los *commodities* agropecuarios para arriba, en nuestra opinión. Aunque todavía se piense que los precios agrícolas están determinados por el equilibrio corriente entre oferta y demanda, la realidad es que son las existencias y el consumo proyectado los que determinan los precios. Reservas bajas son una condición suficiente para la especulación de los precios en su sentido económico más exacto. Sobre todo, en un cuadro de inseguridades en relación al futuro productivo que puede restringir aún más la oferta de granos debido a que el calentamiento global puede generar eventos extremos en un número y de una intensidad fuera de los patrones históricos.

Parece improbable que la liberalización del comercio internacional, siempre recordada por los abogados del *laissez-faire*, tenga fuerza suficiente por sí sola para revertir este cuadro. En realidad, ni siquiera está asegurada la expansión del comercio de productos agrícolas en los próximos años. Conspiran contra ello la caída del dólar y de los tipos de interés en los países desarrollados, así como las políticas de subsidios que incentivan a los productores ineficientes del mundo rico, además del mantenimiento de las barreras aduaneras que penalizan a los agricultores de las naciones más pobres. Tampoco es creíble que, en un año electoral, los Estados Unidos puedan reducir el subsidio al etanol de maíz, a pesar del clamor general que ya ha conquistado amplia adhesión en la opinión pública del país, como demuestra un reciente editorial del *New York Times*. Pero, sobre todo, conviene evitar una frenada brusca del crecimiento de las economías emergentes que sólo agravaría las perspectivas de millones de pobres en todo el mundo. Tampoco deberíamos apostar por una rápida recomposición de los niveles de existencia anteriores a 2002, sea por los inesperados efectos del cambio climático que se repiten

con regularidad cada vez mayor, sea por las incertidumbres generadas por la inconclusa Ronda de Doha que obliga a los países desarrollados a reconsiderar su estrategia de mantenimiento de niveles elevados de stocks domésticos.

No faltan, por otro lado, las posturas que condenan la propia globalización de los mercados como el origen de todos los males, recomendando como remedio para la actual crisis de precios el aislamiento de las economías alimentarias a nivel nacional y local. La Vía Campesina, por ejemplo, propone recuperar la soberanía alimentaria como una forma de enfrentar la crisis actual: «los países deberían dar prioridad en sus presupuestos a ayudar a los consumidores más pobres para que puedan acceder a suficiente comida. Mientras tanto, deberían dar más importancia a la producción doméstica de alimentos para dejar de ser tan dependientes del mercado mundial (...). A nivel internacional hay que tomar medidas para la estabilización. Deben establecerse reservas de seguridad internacionales así como un mecanismo de intervención para estabilizar los precios a un nivel razonable en los mercados internacionales. Los países exportadores deben aceptar las normas internacionales que controlan las cantidades que pueden llevar al mercado. Los países deben tener la libertad de controlar las importaciones para poder proteger la producción nacional de alimentos. La producción de cereales para agrocombustibles es inaceptable y debe detenerse, pues compite con la producción de alimentos. Como primer paso pedimos una moratoria inmediata sobre los agrocombustibles, (...) La influencia de las compañías multinacionales debe limitarse y el comercio internacional de materias primas debe llevarse a un mínimo necesario. La producción de cada país debería satisfacer el máximo posible de la demanda interna (...) Un posible acuerdo en la Ronda de Doha significará otro impacto para la producción de alimentos basada en los/as campesinos/as; por lo tanto hay que rechazar cualquier acuerdo» (13).

III

Poner en claro cómo condiciones estructurales de evolución lenta, entre ellas el hambre preexistente y las reservas erosionadas, se convierten en una aguda crisis de precios a partir del segundo semestre de 2007 es indispensable para comprender lo que distingue a este evento de los anteriores. Para eso, es imprescindible evaluar el peso

(13) <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=67523>

–y las implicaciones sistémicas para el abastecimiento mundial de alimentos– de la variable que se incorporó al final de la ecuación: es decir, la crisis de los mercados financieros y el traspaso de billones de dólares de capitales especulativos, huyendo de la burbuja inmobiliaria norteamericana, hacia las bolsas de futuros.

La incorporación de ese componente financiero –que convirtió en agudo lo que era estructural– tiene implicaciones prácticas. Por eso requiere de una cuidadosa evaluación. Además de los esfuerzos cívicos para reunir recursos adicionales de ayuda humanitaria, los organismos internacionales tal vez tengan que incorporar a su diagnóstico y al elenco de acuerdos a consensuar una nueva reglamentación de los mercados de alimentos (14).

No se trata de una discusión ideológica. Keynes, que no era un izquierdista en su época, ya preconizaba en Bretton Woods la creación de un fondo para regular la oferta de materias primas (15), sabiendo que los mercados no regulados no estaban a la altura de un asunto tan delicado. Velar por las especificidades de las reglas del comercio internacional aplicadas a los alimentos, para que no fuesen tratados como una *commoditie* más, podría ser la misión de cualquier de las tres agencias de las Naciones Unidas que hoy se dedican a la agricultura y la alimentación (FAO, Programa Mundial de Alimentos-PMA y FIDA), las cuáles están siendo desbancadas progresivamente del tema a medida que la agenda agrícola mundial se concentra en los debates promovidos en el ámbito de la OMC (16).

Algunos datos ayudan a dar consistencia a dicha interpretación. Desde mediados de 2007, las proyecciones para el crecimiento económico mundial han registrado sucesivas revisiones a la baja. A pesar de eso, los precios de las *commodities* se han disparado. La «coincidencia» entre esos dos hechos debilita el argumento de que el crecimiento de la demanda en los países en desarrollo es una explicación suficientemente fuerte para dar cuenta del comportamiento reciente de las cotizaciones de los alimentos (17). Falta, por lo tanto, un

(14) El coordinador del grupo de trabajo de la ONU creado para paliar la actual crisis alimentaria, John Holmes, considera que debería revisarse el actual sistema de comercio mundial como parte de la estrategia que van a adoptar para hacer frente a la crisis alimentaria mundial. Ver «ONU cree que crisis de alimentos debe hacer revisar sistema comercio mundial» (http://actualidad.terra.es/nacional/articulo/onu_cree_crisis_alimentos_debe_2437092.htm)

(15) Ver al respecto Keynes, J. M. (1942).

(16) Al respecto de las disputas entre esas agencias, ver Patek, R. (2007).

(17) Como bien recordó el presidente del Consejo de la FAO en la 30ª Conferencia Regional recientemente celebrada en Brasilia, «a pesar del aumento más rápido de la demanda en estos países (de baja renta y con déficit de alimentos), sus importaciones de cereales han disminuido 4 por ciento al año desde 1980, como media, pasando de casi quince millones de toneladas a aproximadamente seis millones de toneladas y, en consecuencia, no fueron la causa del aumento repentino (de precios) que se inició en 2005». El ya mencionado documento preparado por la FAO

detonante específico para entender como problemas crónicos redundan esta vez en una crisis abierta.

Frankel (18) también se pregunta: «Si el fuerte crecimiento económico no es la explicación para los grandes incrementos de precios en prácticamente todos los productos minerales y agrícolas desde el 2001, entonces ¿qué lo explica? Uno no quisiera reducir los mercados de *commodities* a un solo factor, ni intentar probar una teoría basada en sólo un dato. Sin embargo, los acontecimientos de los último seis meses dan soporte a una teoría que he apoyado hace mucho tiempo: las tasas de interés reales son un determinante importante de los precios reales de los *commodities*». De acuerdo con este autor, el modelo teórico se puede resumir de la siguiente manera: «Una expansión monetaria baja de manera temporal la tasa de interés real (sea mediante una caída en la tasa de interés nominal, sea un aumento en la inflación esperada, o bien concurren ambos procesos –como ahora). Los precios reales de los *commodities* suben. ¿Cuánto suben? Hasta que los *commodities* sean considerados «sobrevalorados» –tan sobrevalorados que exista la expectativa de futuras depreciaciones» (19).

Por lo tanto, el hecho nuevo en el periodo más reciente (2007/08) no fue que las poblaciones pobres del mundo pasaran a comer más. El hecho nuevo fue el recorte acelerado de los tipos de interés por parte del FED, desde septiembre pasado, asociado al estallido de la burbuja inmobiliaria y la desvalorización del dólar. El FED redujo la tasa básica desde 5,25 por ciento en septiembre de 2007 hasta 2 por ciento a día de hoy, en seis escalones de bajas sucesivas. Ese movimiento se superpuso a la crisis de las *subprime* que desalojó billones de dólares de fondos especulativos aplicados en títulos inmobiliarios. Hace apenas un año, en junio de 2007, el índice CRB –el principal índice de *commodities* del mercado mundial– estaba en un nivel en

no deja margen de duda. China y la India han sido exportadores de cereales desde 2000 (excepto en 2004/05 para el primero y en 2006/07 para el segundo) y no pueden ser considerados responsables del «pico» de precios en 2006/07, a pesar del aumento de sus respectivas demandas internas.

(18) Frankel, J. «Falling Interest Rates Explain Rising Commodity Prices» *RGE Monitor*, 18/03/08 (http://www.rgemonitor.com/setser-monitor/bio/152/jeffrey_frankel). Según el autor, «Las tasas de interés altas reducen la demanda de mercancías almacenables, o incrementan su oferta, a través de una variedad de canales: 1) incrementando el incentivo para extraer 'hoy mejor que mañana' (pensar en los ritmos a los que el petróleo es bombeado, el oro extraído de las minas, los bosques aserrados, o las cabezas de ganado sacrificadas); 2) reduciendo los deseos de las empresas de mantener inventarios (pensar en el petróleo almacenado en tanques); 3) animando a los especuladores para cambiar los contratos de *commodities* al contado por letras del Tesoro. Los tres mecanismos reducen los precios de mercado de las *commodities*, tal como ocurrió cuando las tasas de interés reales subieron en los primeros 80. Una caída de las tasas de interés reales tiene el efecto opuesto, bajando los costes de mantener inventarios, y elevando los precios de las *commodities*, como ocurrió en los 70, y otra vez durante 2001-2004. Es el original 'carry trade'».

(19) Jeffrey Frankel *The Effect of Interest Rates on Commodity Prices*, Kennedy School of Government, Harvard University (<http://ksghome.harvard.edu/~jfrankel/CP.htm>)

torno a los 317 puntos, muy por debajo del nivel de junio de 2006 (348 puntos). Desde el segundo semestre del 2007 en adelante, el CRB saltó desde los 317 puntos hasta más de 420 (marzo de 2008).

El investigador George Soros, que entiende de formación de precios en mercados fuertemente especulativos, dice que esa dimensión financiera fue lo que potenció los desajustes entre la oferta corriente de *commodities* y la demanda futura esperada, transformándolos en una crisis sistémica (20). La explosión de los contratos futuros, según él, afecta de manera indiscriminada alimentos, metales, petróleo, y va mucho más allá del efecto de la demanda específica en cada caso. Esos movimientos estarían en estrecha sincronía con la progresiva fuga de inversionistas del mercado inmobiliario norteamericano, acelerada por los cortes sucesivos de la tasa básica de interés promovida por el FED. La desbandada comenzó a mediados del 2007; fue a partir de ahí que las cotizaciones de los alimentos (y del petróleo) dibujaron una espiral ascendente autónoma. Y el grito de «¡hambre!» apareció en los titulares de los periódicos.

Larry Elliot, editor de finanzas de *The Guardian*, también es de la opinión que la reciente escalada de precios, sobre todo a partir de mediados de 2007, sugiere que algo más está sucediendo. «Ese algo más es la caída abrupta del valor del dólar», dice apuntando para los gráficos que muestran una correlación casi perfecta entre la subida de los precios del petróleo, del maíz y del arroz y la valorización del euro frente a la moneda norteamericana. Los modelos econométricos que orientan los fondos de inversión libre (*hedge funds*) recomiendan siempre comprar *commodities* como una defensa ante la baja del dólar, explica él. El resultado es una espiral ascendente y auto alimentada en la cual la especulación impulsa el escalón siguiente de las cotizaciones y atrae a más inversionistas a las bolsas de mercancías, iniciando así una nueva ronda de subida de los índices de futuros.

En nuestra opinión, este baile financiero sólo va a detenerse cuando se reviertan las expectativas de alza, sea por la estabilización del dólar, sea por una caída en el consumo en función de precios muy

(20) Citado por Paul Krugman (FSP, 22/04/08) que no comparte esa visión argumentando que no hay incremento de stocks privados, como sería normal en un movimiento especulativo. El contra-argumento es obvio: primero, nadie sabe si los hay –y ese es el problema– porque son stocks privados, fuera de cualquier control. Segundo, el actual sistema financiero creó mecanismos para que los especuladores no corran riesgos asociados a los volúmenes físicos, es decir, tener que cargar los stocks adquiridos lo que implicaría elevados costes. El mercado de futuros y su contrapartida de los «hedges» son exactamente eso: apostar a un alza de precios y al mismo tiempo hacer un seguro para el caso de que no suban lo que apostamos, minimizando así las pérdidas.

altos o de una recesión económica (21). O también por una expansión de la oferta que recomponga las existencias a niveles tan elevados que lleguen a desincentivar la acción de los especuladores en los *commodities* agropecuarios. Pero para entonces, el daño ya estará hecho. Y no se limita a los especuladores con contratos futuros, sino que marca también la pauta para los reajustes de precios que afectan a productores, comerciantes y consumidores en todo el mundo. Incluso donde no hay desequilibrio de oferta, los precios son reajustados, como parece ser el caso de algunos alimentos que circulan sólo en mercados locales o regionales en los países latinoamericanos.

El ex-ministro brasileño Delfín Neto (22) resumió bien la cuestión al afirmar: «Los precios agrícolas están subiendo por muchos motivos: 1) el más importante tal vez sea la desvalorización de la unidad de medida del comercio internacional, el dólar; 2) por la reducción de existencias (recomendación de la propia OMC), porque con la “libertad de comercio” ¡las existencias serían prescindibles!; y 3) por la especulación desenfrenada de los fondos de inversión libre, o *hedge funds*». Si volvemos al gráfico 1, podremos evaluar el impacto de la desvalorización del dólar comparando con la variación normal ponderada de una cesta de monedas que componen el SDR (23): los aumentos de los precios en los últimos años son muy inferiores a las líneas de precios en dólares americanos, tanto en valores reales como en nominales.

Es cierto que la explosión de las cotizaciones de los *commodities* agrícolas a partir de 2006 solamente evidencian el desajuste en los niveles insatisfactorios de las existencias, que han sufrido una erosión gradual hace una década, como mostramos anteriormente. Pero es el interminable flujo de capitales en fuga del dólar norteamericano que retroalimenta la explosión actual de los precios. La tensión y los conflictos producto del hambre silenciosa y pre-existente estallan a partir de ahí en varias partes del mundo y sólo entonces pasan a figurar en las cabeceras de los periódicos.

Para hacer frente a esos fenómenos, como siempre, se requieren acciones estructurales, más allá de las emergencias de apoyar a los más

(21) Dado que el alza no es sólo de las *commodities* agrícolas sino especialmente de las no agrícolas (minerales y petróleo, como veremos más adelante), el impacto inflacionario obligará a los bancos centrales a adoptar una política monetaria restrictiva con posible elevación de las tasas de interés, aumentando las posibilidades de una recesión económica.

(22) Antonio Delfim Neto: «Independência alimentar e etanol», *Jornal Valor* 13-05-08.

(23) SDR son activos de reserva internacional creados en 1969 por el FMI y calculados a partir de una media ponderada del euro, yen, libra esterlina y del propio dólar norteamericano, de acuerdo con su importancia relativa en el comercio mundial.

pobres con transferencias de recursos. Pero esta vez parece que hay que sumar dos pilares extras al puente que une la crisis y su solución. Se trata, en primer lugar, de reivindicar el papel regulador de las organizaciones internacionales encargadas de definir políticas de seguridad alimentaria de alcance internacional. Los mercados no regulados han dado muestras suficientes de su incapacidad para restablecer un pretendido «nuevo equilibrio» antes que las protestas populares obligasen a los gobiernos nacionales a reaccionar defensivamente, con medidas que muchas veces agravan el alza global de precios amenazando convertirla en una crisis de abastecimiento, como casi ocurrió en el caso del arroz. Además de eso, la crisis requiere de iniciativas de regulación que escapen, incluso, a la esfera meramente agrícola. La supremacía de la lógica financiera alcanzó también la agenda de la seguridad alimentaria. Y no puede seguir siendo ignorada en las propuestas para la estabilización de los precios en el futuro.

IV

Aquí cabe agregar otro elemento nuevo y fundamental en la reciente explosión de los precios de los *commodities* agrícolas: el papel de los grandes medios de comunicación globalizados en difundir rápidamente casos dramáticos y localizados, transformándolos en hechos globales.

La reciente subida de precios del arroz en Chile, país en el que vivo actualmente, es una buena ilustración. Antes es preciso decir que el consumo per cápita de arroz acá es relativamente bajo (al igual que en Argentina, país vecino del cual Chile importa prácticamente la mitad del volumen necesario para su abastecimiento, completando el resto con su propia producción), sólo 9 kg per cápita al año, muy por debajo de los 60 kg en Brasil, según los últimos datos de FAO (2003). El relato de Sánchez (24), administradora de una pequeña cooperativa de consumo en el norte del país, resumido a continuación, da una idea de cómo la difusión de una noticia impactó en el quehacer cotidiano:

- **Jueves 24 de abril, 18:00 horas.** El informativo de CNN en Español informa que las 2 cadenas más grandes de distribución mayorista de alimentos en Estados Unidos ha restringido la venta de arroz a sólo una bolsa de 5 kg por persona (...)

(24) Sánchez, Pilar (2008). *Quién manejará la crisis alimentaria del planeta: la ONU, FAO o los medios de comunicación? El Morrocotudo*, edición de 06/05 (<http://www.elmorrocotudo.cl/admin/render/noticia/15147>)

21:00 horas. Los noticieros vespertinos de cobertura nacional en Chile informan, con las mismas imágenes y comentarios del noticiero CNN, sobre la situación del arroz en Estados Unidos, añadiendo algún que otro dato general de la situación en Chile.

- **Viernes 25 de abril.** Los noticieros matutinos que replican una vez más la noticia del día anterior, añadiendo cada vez datos más alarmistas. La Cooperativa Mayor inicia su jornada laboral a las 09:00 horas con una avalancha de socios comprando arroz en una súbita sobredemanda; el precio continúa en \$435 pesos chilenos el kilo. Siendo mediodía se han vendido alrededor de 300 kg de arroz y ante este fenómeno inusual decidimos llamar a nuestro proveedor de arroz para renovar nuestro stock. Se nos informa que el precio del kilo de arroz, venta a mayorista, es de \$488 (IVA incluido), por tanto el precio público para el socio quedaría en \$490. En ese escenario decidimos comprar 500 kg para prepararnos para la sobre-demanda que los medios de prensa han comenzado a anunciar. Comienza la guerra de precios».

(...)

- **Lunes 28 de abril.** La Cooperativa abre sus puertas con una sobredemanda y sólo con el stock que quedó del sábado, por tanto quedamos a la espera de los 500 kg del proveedor y se decide encargar otros 500 kg para asegurar el abastecimiento de nuestros socios. Llamamos a nuestro proveedor que nos informa que el precio del viernes al lunes ha quedado en \$774 (IVA incluido). Decidimos comprar y prorratear el costo de los 1.000 kg y vender a \$700 el kilo, precio para el socio.

(...)

- **Miércoles 30 de abril.** Sigue la sobredemanda por parte de los socios de nuestra Cooperativa. Han comenzado a comprar arroz para mandar a familiares en el sur del país. Una socia nos informa que su hija en Villa Alemana (Quinta Región –más de 2.000 km distante) ha comprado arroz a \$1.200 el kilo, a lo cual sólo atinó a pensar ¿y por qué no hace puré?
- **Viernes 2 de mayo.** Hemos decidido comprar y «sobre-stockear» la Cooperativa con arroz. Los precios están desatados y aún cuando los productores nacionales de arroz llaman a la calma, los especuladores hacen su agosto, por tanto compraremos una nueva partida de arroz para garantizar el precio a futuro. Pensamos que por historia, cuando el subconsciente popular asimila un sobre precio, los empresarios sustentarán el precio aún cuando los costos bajen.

Precio al día de hoy \$833 costo (IVA incluido). Compraremos nuestra segunda tonelada».

Las declaraciones de Sánchez terminan así, pero los precios de arroz continuaron subiendo. Las «compras por pánico» afectaron incluso a las reservas de alimentos preparados para animales domésticos, ya que el arroz de peor calidad es utilizado en su preparación. Obviamente, no faltaron escenas televisivas y entrevistas de radio con mujeres histéricas que no sabían cómo alimentar a sus mascotas.

La pregunta que queda en el aire es por qué se diseminó el pánico entre los compradores en un país que no es un gran consumidor de arroz, o sea, donde el arroz no puede ser considerado como un alimento básico (en Asia, por ejemplo, el arroz es un sustituto casi perfecto del trigo). Hay muchas respuestas, pero ciertamente parte de ellas pasan por el hecho de que en un país con una economía tan abierta como Chile (es el único país latinoamericano que tiene decenas de tratados de libre comercio que incluyen a Estados Unidos, Japón y China) no existe un mecanismo público de información y protección del consumidor de envergadura suficiente como para garantizar una buena calidad de información con respecto a temas relativos al abastecimiento de su población.

V

Para finalizar me gustaría presentar algunos elementos para discutir la posición de que el actual alza de los precios de los alimentos representa una nueva oportunidad para que los países latinoamericanos retomen su trayectoria de exportadores de *commodities* agrícolas.

En la conmemoración del 60 aniversario de la CEPAL, José Antonio Ocampo, uno de sus ex-secretarios ejecutivos, especialmente invitado para la ocasión, basándose en un trabajo del cual transcribiremos largos pasajes a continuación (25), aprovechó la oportunidad para cuestionar «*la hipótesis de que hemos entrado en una nueva fase en la historia de los mercados de commodities, similar a la que experimentamos en el siglo XIX, en la cual existieron amplias oportunidades para el crecimiento en las economías dependientes de los commodities –(...) así como en algunos países en desarrollo, muchos de ellos latinoamericanos*».

(25) José Antonio Ocampo y María Ángela Parra (2008). Los autores actualizan el índice de Grilli-Yang que ya habían utilizado en un trabajo anterior (Ocampo, J. A. y Parra, M. A., 2003).

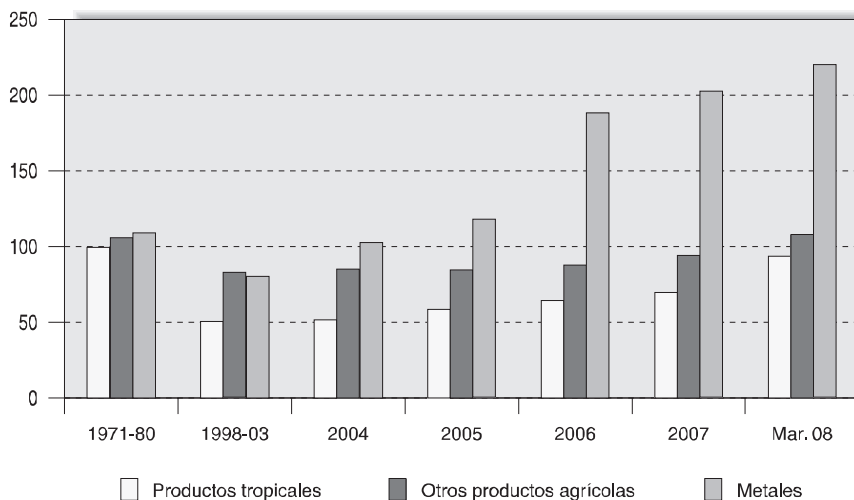
El gráfico 5 resume los resultados presentados (26). Según sus autores:

«Los precios de los metales están muy altos. En 2007 alcanzaron el doble del promedio posterior a la guerra y en 2008 más del doble de dicho promedio. Sólo hay un par de años en nuestra serie en los cuales los precios de los metales estuvieron tan altos –en realidad sólo uno, 1916, en medio de la I Guerra Mundial. Si agregáramos el petróleo a nuestro gráfico, mostraría un índice de más de 500 en 2007 y 700 en marzo de 2008. Estamos realmente en medio de un boom de los precios de los minerales.»

Al contrario, los precios agrícolas apenas se están recuperando de los niveles muy bajos que alcanzaron después del colapso de los años 80 y las menores reducciones adicionales que tuvieron lugar durante la crisis asiática. La principal razón para el colapso de los 80 fue el efecto de la “falacia de composición” producto del

Gráfico 5

Precios reales de los commodities
(Índice 1945-1980 = 100)



Fuente: Ocampo y Parra, 2008.

(26) El índice utilizado es el propuesto por Grilli y Yang (1988). De acuerdo con los autores «las comparaciones son hechas con la media de 1945-1980 (a la cual nos referiremos como la media de postguerra). Como es usual en este tipo de ejercicios, se usa como deflactor el MUV (Manufacturing Unit Value) de Naciones Unidas/Banco Mundial (este deflactor da una mejor impresión de la evolución de los precios reales de las commodities que los deflatores alternativos, como el US CPI).

intento de muchos países en desarrollo de incrementar sus exportaciones de commodities para hacer frente a sus crisis de la deuda. El resultado más sorprendente fue que en marzo de 2008 (...) los precios agrícolas reales volvieron a niveles similares al promedio de la post-guerra y de la década del 70. Los precios de los productos tropicales están todavía un poco por debajo de esos promedios. A medida que la oferta aumenta y la demanda se debilita durante el actual ciclo mundial de desaceleración, es probable que vuelvan a caer en el futuro inmediato.

Por lo tanto, esto es más un boom de los precios minerales que de los precios agrícolas, los cuales no han hecho más que recuperarse de niveles muy deprimidos. Esta conclusión también es apoyada si uno analiza las mejoras en los términos del intercambio comercial experimentado por los países latinoamericanos en los últimos años. Utilizando los informes más recientes de la CEPAL (el Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe de diciembre de 2007), los términos de intercambio de 2007 estaban un 90 a un 100 por cien por encima de los niveles de 2003 para Chile y Venezuela, 40 a 60 por ciento para Bolivia y Perú y 25 por ciento para Colombia y Ecuador (a diferencia de lo que se cree, Colombia es hoy principalmente un exportador de minerales, los cuales representan dos quintos de sus exportaciones). Como contraste, los principales exportadores de productos agrícolas, como Argentina y Brasil, experimentaron mejoras en los términos de intercambio del orden del 10 por ciento o menos; los importadores de petróleo (como Uruguay) han visto sus términos de intercambio deteriorados. Es interesante notar que todos los ganadores son o fueron miembros de la Comunidad Andina.

Finalmente, es importante notar que han habido cambios muy grandes en los precios relativos. Por eso, el cuadro incluido (cuadro 2) clasifica un subgrupo de commodities en tres categorías: los que experimentan un boom de precios, aquellos cuyos precios crecen por debajo de la media y los que aún mantienen los precios deprimidos. El único alimento básico en el primer grupo es el trigo; el maíz y el arroz están en el segundo. Las bebidas tropicales, así como el algodón y el azúcar siguen deprimidos. Las principales fuentes de biocombustibles están distribuidas en los tres grupos (...).».

«Podemos entonces haber entrado en una era de significativas oportunidades para los exportadores de minerales. Los datos no muestran un futuro tan brillante para los exportadores de productos agrícolas, a pesar del “efecto de derrame” generado a tra-

vés de los biocombustibles, como consecuencia de los altos precios de la energía».

Cuadro 2

PRECIOS REALES DE ALGUNOS COMMODITIES AGRÍCOLAS MARZO DE 2008

(Índice, 1945-1980 = 100)	
1. Precios en fuerte crecimiento	
Aceite de Palma	260,1
Trigo	189,7
Plátano	185,0
Caucho	162,8
2. Crecimiento de los precios por debajo de la media	
Maíz	95,7
Arroz	78,0
3. Precios deprimidos	
Cacao	60,9
Té	58,7
Café	58,0
Algodón	43,5
Azúcar	41,0

Fuente: Ocampo y Parra, 2008.

El hecho de que el *boom* actual de los *commodities* no sea una oportunidad para que los países latinoamericanos retomen trayectorias pasadas como exportadores de materias primas (incluso porque algunos ya consolidaron una base productiva agroindustrial importante como es el caso de Brasil y México), no significa que no sea una oportunidad para reposicionar sus agriculturas en el contexto mundial. Ni que los países importadores de alimentos (especialmente los más pobres) no puedan promover políticas exitosas de sustitución de importaciones agrícolas estimulando la ocupación de recursos ociosos de tierra y mano de obra existentes, sobretodo de sus agricultores familiares. Pero eso es un tema para otra ocasión, ya que implicaría hacer un balance de quién gana efectivamente con esta alza de los precios agrícolas (27).

(27) Otaviano Canuto (*China as a Bulwark and a Ranging Bull. Latin America Econo Monitor* 23/02/08) llama la atención sobre el hecho de que la composición y la diversificación de las exportaciones (y de las importaciones) de *commodities*, así como su peso relativo en el PIB, varían mucho entre los países de la región, alertando sobre el hecho de que incluso Brasil puede resultar perjudicado en el proceso, al contrario de la percepción popular.

Pero si existen dudas sobre quién gana, no hay duda sobre quién pierde. Según la CEPAL, «se ha calculado que un incremento del 15 por ciento en el precio de los alimentos eleva la incidencia de la indigencia en casi tres puntos –de 12,7 por ciento a 15,9 por ciento. Ello implica que esa alteración de los precios provocaría que 15,7 millones más de latinoamericanos caigan en la indigencia. En el caso de la pobreza, los aumentos son parecidos ya que una cantidad similar de residentes en la región pasarían a ser pobres» (28).

Sin duda la actual alza de los precios de los alimentos básicos requiere de acciones de emergencia, subsidios al consumo y transferencia de rentas y/o donaciones en especie. Pero eso no alcanza el núcleo del problema. La respuesta completa requiere de la implantación de una política de seguridad alimentaria, como una política de Estado, constitucionalmente garantizada, como ya ocurre en los Estados Unidos desde la crisis del 29 y en Europa desde la post-guerra. Y que se está implementando de forma gradual en este inicio del nuevo siglo en algunos países como Argentina, Brasil, Ecuador y Perú. Pero no se trata de una agenda desprovista de contenido histórico y político. La verdadera seguridad alimentaria involucra la creación de más empleos de calidad y de una mejora sustantiva de la distribución de la renta. Implica una revisión profunda del modelo de desarrollo vigente en la mayoría de los países latinoamericanos. Algo que pocos quieren discutir.

BIBLIOGRAFÍA

- FAO-PMA-CEPAL (2007): *El hambre y la cohesión social en América Latina y el Caribe*.
 FAO (2008): Iniciativa sobre el alza del precio de los alimentos
 (http://www.fao.org/fileadmin/user_upload/foodclimate/HLC-docs/HLC08-inf-1-S.pdf)

(28) José Luis Machinea. *El alza de los precios de alimentos puede aumentar la pobreza y la indigencia en más de diez millones de personas en América Latina y el Caribe*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) Santiago, Chile, 18/04/08. Según el comunicado «cabe resaltar que esas cifras y proyecciones se formulan sin tomar en cuenta los eventuales cambios en los ingresos de las personas y familias, ni los cambios en los precios de los bienes y servicios no alimenticios. Los cálculos realizados ofrecen magnitudes del impacto de las alzas de los precios de alimentos en caso que no se produzca ninguna variación en los correspondientes a otros productos ni tampoco en los ingresos. Pero aún reconociendo que las remuneraciones nominales se han elevado, lo sucedido con los precios de los alimentos continúa teniendo efectos negativos sobre la indigencia y la pobreza. Ello obedece a que los ajustes de los ingresos toman en cuenta, en general, la variación del índice de precios promedio que, en 2007, creció a un ritmo que fue menos que la mitad del registrado por el de alimentos. Por lo tanto, si se considera el efecto conjunto de un aumento de precios de alimentos del 15 por ciento y de una mejora de los ingresos de los hogares del 5 por ciento, se llega a que la cantidad de personas que pasarían a la indigencia como consecuencia del aumento de precios sería de alrededor de diez millones, y un similar contingente pasaría de la situación de no pobres a la de pobres. A ello hay que agregar el agravamiento de la situación de las personas que previo a estos aumentos ya vivían en la pobreza e indigencia».

- FRIEDLAND, W. *et alli* (1991): *Towards a New Political Economy of Agriculture*. Boulder, West View Press.
- FRIEDMAN, H. y MCMICHAEL, P. (1989): «Agriculture and The State System». *Sociologia Ruralis*, 29(2): 93-117.
- FRIEDMAN, H. (1991): «Changes in the International Division of Labor: Agri-food Complexes and Export Agriculture» in: Friedland, W *et alli.* *Towards a New Political Economy of Agriculture*. West View Press, Boulder (cap. 3).
- GOODMAN, D. y REDCLIFT (1989): *The International Farm Crisis*. London, Mac-Millan Press.
- GOODMANN, D. y WATTS, M. W. (1994): «Reconfiguring the rural or fording the divide? Capitalist restructuring and the global agri-food system». *Journal of Peasants Studies*, 22(1): 1-49.
- GRILLI, E. R. y YANG, M. C. (1988): «Primary Commodity Prices, Manufactured Goods Prices and the Terms of Trade of Developing Countries: What the Long Run Shows». *The World Bank Economic Review*, Vol. 2, 1.
- GUITHER, H. D. y HALCROW, H. G. (1989): *The American Farm Crisis: an annotated bibliography*. Ann Arbor, Perian Press.
- KEYNES, J. M. (1942): «The International regulation of Primary Products» in Keynes: *Colected works*, Macmillan, London, 1982 (vol. 27).
- OCAMPO, J. A. y PARRA, M. A. (2003): «The terms of Trade for Commodities in the 20th Century». *ECLAC Review*, 79 (April) (disponible en www.eclac.cl).
- OCAMPO, J. A. y PARRA, M. A. (2008): «This a boom of mineral, no agricultural prices». Santiago, CEPAL (disponible en Latin America EconoMonitor www.rgemonitor.com/latm-monitor)
- PATEK, R. (2007): *Stuffed and Starved: the hidden battle for the world food system*. Melville House Publ., New York.
- POLLAN, M. (2007). *O dilema do Onívoro: uma história natural de quatro refeições*. Rio de Janiero, Intrínseca.
- QUIGLEY, B. (2008): «USA Role in Haití Hunger Riots» (www.zmag.org/znet/viewarticle/17233), April 23.
- TUBIANA, L. (1985): *O comércio mundial dos produtos agrícolas: da regulação global ao fracionamento dos mercados*. Ensaios FEE. Porto Alegre, v. 6, 2.

RESUMEN

Crisis de los alimentos: lecciones de la historia reciente

Este artículo presenta los aprendizajes obtenidos en la crisis de precios de los alimentos de los años 70 en donde los precios reales, subieron a niveles mucho más altos que los actuales y muestra una amplia coincidencia con la situación del precio de los alimentos que vivimos hoy. De la crisis actual hay una serie de elementos de diagnósticos que son consensuados, otros aún son materia de debate, sin embargo lo que es claro es que nos enfrentamos a un nuevo mercado de commodities agrícola. El texto pone en evidencia dos conclusiones fundamentales; en primer lugar, el contexto de mayor volatilidad de los mercados financieros y las tendencias estructurales de la economía mundial, imponen la urgencia de contar con políticas de seguridad alimentaria a largo plazo como política de estado. En segundo lugar, la situación actual es una oportunidad para que países de la región, puedan repositionar sus agriculturas en el contexto mundial, y promover iniciativas para que países importadores construyan políticas de sustitución de importaciones agrícolas con recursos ociosos de tierra y mano de obra existentes de la agricultura familiar campesina.

PALABRAS CLAVE: crisis de los alimentos, crisis de los alimentos de los años 70, precios agrícolas, mercados de los productos agrícolas, volatilidad de los mercados financieros, políticas alimentarias de los países latinoamericanos.

SUMMARY

Food crisis: Lessons of recent history

This article analyzes and presents the learning acquired during the food crisis of the 70's when the real prices raised to much higher levels than the current ones constituting a wide coincidence with the food price situation we are living today. In the current crisis, there is a series of diagnosis elements which promotes consensus while others are still being debated; however what is clear is that we are facing a new market of agricultural commodities. The text gives evidence of two fundamental conclusions; in the first place, the context of greater volatility of the financial markets and the structural tendencies of the world-wide economy impose the urgency of counting on long term policies of nourishing security as a state policy. In the second place, the current situation is an opportunity for countries in the region to resettle their agriculture in the world context, and promote initiatives so that the imports countries can build up policies of substitution for their agricultural exports using idle land resources and the existing manual labour of the family-based farming agriculture.

KEY WORDS: Food crisis, 70's food crisis, agricultural prices, agricultural commodity markets, volatility of financial markets, Latin America countries' food policies.